



FILMS DE AMOR

— DE —
BIBLIOTECA FILMS

Redacción y Administración:

CALABRIA, 96 ~~~~~ Teléfono 173 H

Imprenta: Villarroel, 12 y 14

Año II

BARCELONA

Núm. 10

50 céntimos

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

La Princesa que amaba al amor

Poema fantástico-burlesco de

S E M B E N E L L I

Los versos que aparecen en esta novela están tomados, en parte, de la adaptación literaria de la película, escrita toda en preciosas estrofas castellanas por el eximio poeta:

Antonio Graciani

Exclusiva: **Repertorio M. de Miguel**

«La Aristocracia del Film»

Consejo de Ciento, 292 - Barcelona

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

La Princesa que amaba al amor

PERSONAJES

PERSONAJES	INTÉPRETES
La Princesa Violante . . .	Italia Almirante Manzini
El Conde Giano . . .	Alberto Collo
El Bufón.	Aníbal Bertrone
Floridor	Oreste Bilancia

*Es un cuento romántico, abriéñio,
—de esos para escuchados en el hogar risueño,
de labios de la abuela al amor de la lumbre —
que nos deja la vaga incertidumbre,
la imprecisión de un sueño...*

ANTONIO GRACIANI

I

Erase en la Edad Media y en un castillo feudal.

Poco importa el país; siendo historia de amor puede servir de escenario cualquier lugar.

Vivía en el castillo una esbelta princesa por nombre Violante, tan bella y tan graciosa, que era la admiración de todos los donceles y caballeros de muchas leguas a la redonda y la envidia de todas las mujeres. La fama de su belleza había traspasado las fronteras del feudo, y gran número de caballeros principales pretendían su mano.

Un arrogante señor de horca y cuchillo, el conde Giano, tan valeroso como noble, según

3

rezaban los cuarteles de su escudo, asediaba a la alta y esquiva princesa, requiriéndola de amores.

No hubo día que el apuesto conde no fuese al castillo do moraba su dulce tormento, la mujer de sus pensamientos y anhelos; pero de nada servían su valor ni sus blasones: la princesa Violante sólo amaba al amor.

Mujer ideal y romántica, no hacía caso del hombre, ni de la forma externa; su idealidad, volando con las alas de su fantasía, le hacían concebir el amor como el *summum* de la verdad, de la belleza y de la bondad: amaba al amor por el amor.

Así se comprende que las constantes insinuaciones del conde Giano resbalaran sobre su alma como el agua sobre la peña berroqueña.

La princesa Violante se halla en el frondoso jardín, del castillo, gozando de la fragancia de las flores y de los variantes de sus colores.

El conde Giano se avanza hasta ella y reverente la saluda; ella corresponde al saludo con una sonrisa.

—Esa sonrisa, princesa, es alegre como un rayo de sol, más que aura de primavera, más que el cambiante de las flores. Esa sonrisa lleva a mi alma la esperanza de un amor anhelado. Y así como los primeros rayos de un sol de mayo abre la corola de las flores y fecunda la naturaleza, así esa sonrisa vuestra abre mi alma a la esperanza y fecunda mi espíritu en santa alegría: la alegría de un amor deseado.

—Bien habláis, conde Giano; pero debéis saber que no es lo mismo vencer veinte lides guerreras que conquistar un amor de mujer.

—¿Cuándo, Violante, oiré de vuestros labios

una palabra de esperanza que apague las ansias de mi corazón, cuándo?

—No siempre la pasión que se manifiesta con palabras es la más noble: la pasión que se calla es la mayor.

—Princesa, sabed que mis labios se mueven a impulsos de mi corazón. ¿No lo veis en mis ojos?... Violante, os amo; pero con tal vehemencia que estoy dispuesto, para probaros mi amor, a soportar la prueba que vos determinéis.

—Si me amáis, conde Giano, dejadme en paz y no me importunéis más con vuestras querellas.

—¡Imposible, princesa, mi corazón rebosa de amor por vos y no puedo guardar en sus arcanos este anhelo que me impide vivir sin vuestro cariño!

—Ja, ja, ja...

—Princesa, ¿os mofáis de mis anhelos?

—No creo en el amor...

—Eso es una blasfemia. El amor es lo más grande y noble que en el mundo existe, el amor es...

—¿Quién sabrá, conde Giano, lo que es el amor?... Casi todos confundimos este noble anhelo de nuestra alma con otro más innoble que es la pasión desenfrenada, el deseo de satisfacer los bajos y animales instintos. Amor es luz divina, amor es la verdad, es la bondad, es la bellez...

—Y como vos, princesa, reunís en vuestra gentil persona los atributos de esta trilogía, base de toda estética, habéis despertado en mi alma ese sentimiento, esa luz divina que se llama amor.

El conde Giano tomó entre sus manos la espectral de Violante y hacia sí la atraía con vehemente deseo; mas ella, esquiva, le rechaza.

Soberbio en su derrota, el noble conde, no abandona su presa y, en sentidos coloquios,



VIOLANTE

Italia Almirante Manzini

lucha en vano, por obtener una promesa de la indómita castellana.

Queriendo lograr por la fuerza lo que la persuasión no puede, el conde Giano se esfuerza por abrazarla; pero Violante le rechaza y en-

tonces el noble caballero, violentamente, la arroja sobre un macizo de clemátides.

V el conde Giano, ardiendo en fuego insano, se retira, mientras su dulce tormento lanza una carcajada burlona que le hiela el alma.

II

Todo es alborozo en los patios del feudal castillo.

Los caballerizos disponen las monturas que aprestan y enjaezan; los monteros desatan las jaurías que se reúnen en el patio de honor; las damas e infanzones esperan en el inmenso zaguán al conde y a su hija Violante; los feudatarios, en tropel, aguardan frente al castillo para ver pasar la brillante comitiva; trompas y alifanes anuncian la cacería.

Y mientras el pueblo en masa agolpado en dos compactas filas que los mesnaderos, empuñando sendas alabardas, impiden se demande, aparece en la plaza de armas del castillo un ser extraño, caballero en mísero rocín, seguido de una chusma de chiquillos que le vocean y le insultan: es el bufón grotesco y de tan ruin catadura que es blanco de las burlas de la gente. El taimado bufón corresponde a las chanzas de la chusma burlándose de ella.

Una carcajada general recibe al grupo formado por el ridículo jinete y sus seguidores. A este regocijante saludo corresponde el bufón con saludos y contorsiones que aumentan aún más la hilaridad. Luego se apeó de su escuálido rucio y cogiéndole por las patas delanteras

lo levantó en alto, de modo que sosteniéndose sobre sus dos traseras, saludara a la concurrencia; y decía el bufón en alta voz:

—Saluda, compañero, y no te amedrente esta amable concurrencia, que todos amigos son de ambos y a ambos nos admiran.

Las damas, que esperando estaban en la puerta del castillo a la comitiva, rodearon al festivo hazmerreir de la gente, y una de ellas le preguntó:

—Mago de mil diversiones,
¿por qué no eres jorobado
como todos los bufones?

—Ya lo fui... Pero llevo
la cerviz levantada
para que nunca crean
que me humilló ante nadie
ni ante nada.

—¿Sabes que eres gracioso—
le dijo otra—

y, para ser bufón,
altivo y orgulloso?

—Fíjanse las mujeres
en lo chocante...

Yo, por librarme de ellas,
aunque sea contrahecho,
me he tornado arrogante.

Las damas tuvieron que dejar al bufón que tanto las regocijaba: en aquel momento el conde con un acompañamiento brillante de infanzones, y su hija Violante, seguida de hermosas damas, salían del castillo y todos montaron en los corceles dispuestos al efecto para la cacería.

¡Qué hermosa estaba la Princesa!
Cubría su cabeza con un hermoso y desco-

munal sombrero de fieltro echado hacia atrás, con el ala delantera recogida y prendida a la copa con un alfiler de oro: sombrero llamado en aquella época, de peregrino, por ser de la misma forma de los que éstos usaban.

Vestía un traje de amazona, tan descotado, que dejaba al descubierto hasta el nacimiento del pecho.

¡Qué hermosa estaba!

El bufón pируeteó ante los nobles personajes hasta que desaparecieron.

Muy cerca de la puerta del castillo hallábase el conde Giano. Su triste mirada siguió a la princesa Violante hasta que la perdió de vista.

Ensimismado estaba Giano, pensando en aquella mujer singular, cuando el ladino bufón se le acercó y colocándose a su espalda, más bien que a su oído, deslizó estas palabras a su corazón:

—¿No queréis olvidar?
¿No os queréis divertir?...
¡Seré vuestro juglar
y vuestra hazmerreir!

El conde volvió la cabeza y al reconocer al bufón, contestóle con esta cuartilla:

—Si el amor es esquivo,
la risa es un dolor...
¿Cómo podré reir si sólo vivo
sufriendo por su amor?
—No merece la pena ese tormento
por ninguna mujer.
¡Os llevaré a libar dichas sinuento
en la divina copa del placer!

Quiso el noble prócer despreciar, con el silencio, las últimas palabras del juglar; mas éste, haciendo una contorsión ridícula, de un salto se le plantó delante y, guiñándole el ojo con malicioso intento, le preguntó:

—¿No queréis olvidar?
¿No os queréis divertir?

—Vete al cuerno, bufón, no me amargues la vida.

—Prefiero, buen conde, quedarme a vuestro servicio.

Esta salida hizo sonreír al conde Giano, quien le tomó a su servicio, como era el deseo del juglar.

Este, contorsionándose y brincando alegramente, fué a buscar su cabalgadura, gritando:

—¡Un amo que me paga
acabo de encontrar!
¡Ya tengo quien me sirva!
¡Ya tengo a quien mandar!

III

Cansado el conde Giano de la indiferencia de Violante, se decide a entrevistarse con el padre de aquélla para contarle su dolor y desespero y solicitar consejo del noble anciano.

Recíbele éste con gran amabilidad y le anima a ser constante en su querella.

Violante es buena, conde Giano, pero es esquiva con los hombres, siempre lo fué, y tiene de ellos y del amor una falsa idea. No

creo que haya partido que mejor le convenga que vos. Yo hablaré con ella y veré de convencerla.

—Gracias, buen conde. Mi ideal es hacer la felicidad de vuestra hija y... la mía, poseyéndola.

—Dejadlo de mi cuenta.

Momentos después el anciano señor feudal hablaba con su hija, a la que reconvino por su indiferencia con Giano.

—Supongo, padre mío, que no querréis imponerme un esposo por la fuerza.

—No, hija mía; pero es forzoso que antes de que mañana el sol tramonte el cerro que hacia el Oeste desde aquí se divisa, elijas al hombre que ha de ser tu esposo.

—Veinticuatro horas me dais... ¡Menguado es el plazo!

—Más no ha menester quien, como tú, tiene tantos y tan excelentes partidos.

—Enteros los quisiera, mi buen padre y señor... Mas ya que mi ideal en busca del amor verdadero no puede colmarse, aceptaré como compañero a quien me ofrezca más garantías de libertad para ir en busca del amor de mis amores.

En aquel momento, se perciben los sonidos estridentes de los alifanes de los heraldos, quienes, desde los altos minaretes anuncianaban a un nuevo personaje que, con brillantísima escolta y soberbio equipaje se acerca al castillo.

Este personaje cabalgaba en brioso alazán e iba acompañado de nobles guerreros y seguido de más de doscientos mulos cargados con cajas y fardos, conducidos por las riendas por fieles criados.

El anciano conde, al oír las estridencias de

los alifanes, se asomó al ojival ventanal y vió en el patio de honor aquella abigarrada multitud de mesnaderos, criados, caballeros y monturas.



GIANO

Alberto Collo

Un paje penetra en el salón y avisa al conde, después de inclinarse ante él:

—Señor, un noble caballero pide hablaros.

—De noble estirpe será a juzgar por su séquito... Hacedle entrar... Retírate, Violante.

Un momento después, un personaje tan extraño como ridículo penetra en el salón.

Es menguado de talla y tan exageradamente obeso, que no hay palabras para ponderar su gordura: su abultado vientre impedía caminar con holgura, su papera y sus mejillas de tal modo redondeaban su cabeza, que la luna parecía.

Vestía con abigarrado lujo e iba muy adornado con cadenas y colgantes de gran valor. Calzaba unas botas de montar con inmensos orejones y espuelas de oro. Su justillo era de vellorí con áureos encajes; su capa de púrpura con pliegues de dorados galones; sus abollados calzones del más rico paño de Damasco.

Una sonrisa pronunciadísima se dibujaba en sus labios cuando ante el conde se presentó, Con voz atenorada, que contrastaba con lo recio de su humanidad, habló:

—Por Violante, señor,
he venido exprofeso:
soy rico como Creso,
me llamo Floridor.

A la vista de tan raro ejemplar de la especie humana, por su manera de andar y de decir y, sobre todo, por su extraña figura, el anciano feudal cree que se halla ante un loco de atar o un bromista inocente. El conde sonrió y se apresuró a contestar en el mismo tono con que se presentara el obeso recién llegado:

—El amor con que sueña
Violante, caballero,

me figuro que no es de esa abundancia de abdomen ni dinero.

—Uno no puede elegir la forma que ha de tener; mas tampoco una mujer puede en la vida decir: «de esta agua no he de beber».

Cuando el padre de Violante anunció a ésta el objeto de la llegada del regocijante personaje, ésta se hallaba en compañía del enamorado conde Giano, quien se hallaba convenciendo a la linda condesita. Esta manifestó alegramente:

—Quiero ver a mi nuevo pretendiente
De pedrería y oro
lo imagino un montón.
¿Será acaso un tesoro
también su corazón?

Giano le dijo con sorna:

—¡Seréis capaz de amarle!
—¿Amarle?... ¡Qué locura!
Pero tampoco a vos;
y si he de obedecer, a fe de hija,
no se opondrá mi padre a que yo elija
entre los dos.

Abrigando la esperanza de ganar en la contienda, el conde Giano responde a Violante:

—Acepto de buen grado,
y os prometo acatar humildemente
el fallo pronunciado.

El conde convocó en el gran salón de recepciones a todos los nobles caballeros y damas de su casa. Violante se sentó bajo el dosel del trono. Estaba radiante de belleza. Su anciano padre tomó asiento al pie del trono.

Floridor penetró en el salón, acompañado de varios caballeros de su séquito. Al ver la pristina belleza de su pretendida, pugnaba en vano por doblar el espinazo.

Violante, al ver aquella bola de carne, no pudo menos de echar una carcajada, a la que Floridor correspondió con otra no menos sonora.

Cuando el conde Giano divisa a su contrincante, se le alcanza que en esta extraña competencia ha de salir vencedor.

Y díjole la princesa :

—Mi padre me acaba de explicar el motivo de vuestra venida al castillo.

—Entonces excuso repetiros, hermosa Violante, lo que a él ya dije.

—¿Cómo, sin conocerme, habéis podido...?

—La fama de vuestro nombre y hermosura, oh dama, llega hasta los confines del mundo. Yo, que soy rico como un rey, pretendo poseerlos... Admitid estos presentes que simbolizan mi admiración por tan noble-dama.

Hizo una señal el panzudo Floridor, y una pléyade de sus servidores fueron dejando ante la princesa una infinidad de valiosos presentes. Cuando los servidores hubieron desfilado, la esquiva Violante contestó al estrambótico extranjero :

—Al menos, sois sincero :

¿de modo que no soy sino una joya
que se compra o se alquila por dinero?

—Tan sólo aspira a vos
mi vanidad dorada y caprichosa :
yo soy bastante rico
y vos... asaz hermosa.

—¡ Si vuestro oro y mi ser
valen lo mismo,
ya pueden compararse
la cumbre y el abismo !

—A nada es comparable
vuestra sin par figura,
mas mi riqueza es tanta
que pagarla podría con usura.

—Mi señor Floridor,
ya que sois tan galante,
referid vuestra vida
que ha de ser, como vos, interesante.

Hizo una pausa Floridor, puso sus manos sobre su enorme panza y, después de toser y estirar su golilla que, por lo visto, le apretaba su enorme cuello de toro, asintió :

—Violante, por vos
he venido, ya veis ;
soy rico como un rey.
Me llamo Floridor.

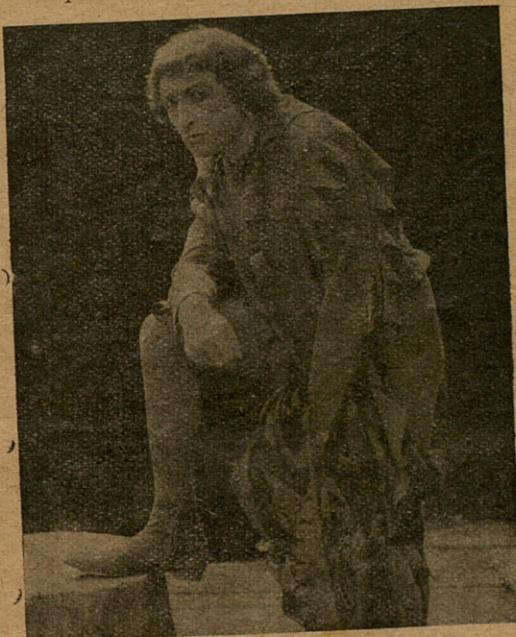
—Contadme vuestra historia.

—Compláceros quiero,
hermosa Violante ;
mi historia es tan linda
como emocionante.

Yo era un marino mercante
que, piloto en su fragata,
perdió el rumbo y vino a dar
en una isla encantada...
No debo decir su nombre

ni el sitio donde se emplaza,
para que no vaya nadie
que pueda desencantarla.
Me cogieron prisionero
y yo dije: «Adiós, mi panza»,
al ver como unos indígenas
enseñaban las dentazas.
Por suerte de mi barriga,
—que, como veis, no es menguada—
fuí tan simpático al rey
por mi garbo y por mi gracia,
que me convidió a su mesa
en su mismísimo alcázar,
con sus nobles y guerreros;
pero... no asistían damas.
¡Qué banquete, Dios del cielo!
Figuraos: una sala
más grande que este salón,
tan ricamente adornada,
que las mesas eran de oro,
y los asientos de plata.
La vajilla... ¡qué vajilla!,
también de oro cincelada.
Y las copas y los jarros
y los pocillos y tazas
otros iguales no creo
que en el mundo entero haya.
El rey se sentó en el centro
de la mesa, preparada
con los más ricos manjares;
y a mí, luego el maestresala
cogiéndome por el brazo
y dándome una patada
en un sitio que nombrarlo
no debo ante vos ¡oh, dama!;
me dijo en tono solemne:
«Siéntate, hártate y... calla».

¿Os hace reir, señora,
que me dieran la patada?
No reí yo, ¡vive Dios!
que aún siento aquí (y señala



BUFÓN

Aníbal Bertrone

Floridor, donde, al bajar
la espalda, ya no es espalda).
No debéis reir, princesa,
porque en la isla encantada

donde me llevó el destino,
es costumbre inveterada
cuando llega un extranjero
el obsequirale... a patadas.
Yo me senté... con dolor
de mis posaderas y ancas;
y luego empezó el banquete.
¡Qué banquete!... ¡Dios del alma!
Primeros los servidores
salieron con azafatas
rebosantes de un menjurje
amarillo como... ¡Ca, ca!
Yo no digo, aunque me linchen,
qué me pareció la salsa.
«¡Puá!, gorrinos»—pensé yo—
y las narices tapaba,
pues no era sólo el color...
echaba olor que apestaba.
Yo pensé que los presentes,
al ver como olfateaban,
iban a escapar huyendo
de aquella sala endiablada.
Pero ¡ca! era de gusto
que aquel olor aspiraban,
porque todos se lamían
al ver la amarilla salsa.
¿Que si yo comí?... ¡Pa'l gato!
¡Antes moría de gana!
Pero no se acabó aquí
aquella broma pesada.
Así como existen moscas
que nos molestan en casa,
allí entraron a montones
animales de otra casta.
Una invasión asquerosa
de voracísimas ratas
que paseaban tranquilas

como dueñas por su casa.
¡Qué horror! Aquellos roedores,
en número tan sin tasa,
subían sobre las mesas,
por las paredes y hasta
encima de las personas
sin parecer molestarlas.
En un mismo plato juntos
comían hombres y ratas
tan sin escrupulo y asco,
que bien pronto se notaba
era aquello natural
en aquella isla encantada.
No pude probar bocado;
mas tuve una idea sabia,
y le dije al rey: «Señor,
si me convidas mañana
te demostraré mi ciencia
y mi poder». El callaba,
muy preocupado, quizás,
de que un avieso roedor
le birlase una tajada.
«Convídame—prosegui—
a la tu mesa mañana,
porque hoy estoy desganado
y no puedo probar nada».
El rey, con la boca llena,
me contestó: «Esa panza
llenarás mañana aquí
si no te estorban... las ratas».
Dejáronme en libertad
por la ínsula malhadada,
libertad que aproveché
para acercarme a la playa
y llegué hasta el bergantín
en el que yo navegaba.
Cogí un gatito de Angora,

buen cazador, y una gata,
y los metí dentro un saco
esperando a la mañana
después, en que el soberano
a su mesa me invitaba.
Al llegar el día siguiente,
cuando el convite empezaba,
sirviéronnos otra vez
aquella amarilla salsa
que despedía el hedor
que tanto asco me causaba.
Cuando se llenó el salón
de aquellas malditas ratas,
solté los gatos y... ¡zas!
Mordisco aquí, allí zarpada,
en un solo «Amén, Jesús»,
fué el salón limpio de ratas.
Al contemplar admirados
de mis gatos las hazañas
todos los allí presentes
de hinojos caen, y gracias
dan a sus dioses, pues libres
se ven ya de aquella plaga
de ratas y de ratones
que tanto les molestaban.
Celebróse en todo el reino
la gatuna y fiera hazaña:
hubo fiestas, hubo justas,
también bailes y cucañas.
Y el rey, mirando a los gatos
como a dos bestias sagradas,
hizo poner sus efigies
sobre unas columnas altas,
y los isleños y el rey
a adorarlos se acercaban
con idéntico fervor
como en nuestra iglesia santa

el cristiano adora a Dios
y a la Virgen soberana.
El rey me felicitó



*Mas de nada servían
blasones ni valor:
la princesa Violante
sólo amaba al Amor.*

y su dicha tan colmada
fué, que dijo entusiasmado:
«Dame esas bestias sagradas

y lo que pidas daré
a cambio de ellas». No es nada
lo que de esto me alegré,
porque en aquella morada
lo que sobraban, yo vi,
eran perlas y esmeraldas,
y brillantes y rubíes
y otras piedras más preciadas.
Así, que yo contesté
como el que no pide nada:
«Sólo os pido, rey, a cambio
de esos mis d'oses con patas,
un capacito no más
de brillantes y esmeraldas,
y otro de perlas». «¿Qué más?»
preguntóme el rey con calma.
Y le respondí: «Quizás
otro de piedras variadas
de turquesas y rubíes
que os sobran en esta casa».
Accedió el rey a mis ruegos,
se guardó el gato y la gata
y yo me llevé a mi buque
una fortuna de rara
maniera adquirida, y fui,
desde aquella feliz data,
más rico que un rey, pues ¿quién,
mi fortuna sobrepasa?

Y así, princesa, es
la historia de mi vida
que pongo a vuestros pies.

Y la princesa contestó, sonriendo al ex
marino:

—Reí de buena gana
oyéndoos hablar.
Pero... ¿con vos creéis
que me puedo casar?—

Floridor se echó a reir a carcajadas, temblán-
dole de tal modo la barriga que causa general
hilaridad.

—Y daos prisa, señora,
pues si ahora
vuestra hermosura os basta,
la belleza se gasta por sí sola,
y el dinero se gasta... si se gasta.
—¿Qué respondes a esto, Violante?—

Inquirié el feudal, convencido de antemano
de que su hija no querría maridarse con un
tipo tan raro. Mas ella contestó:

—Padre, una condición
ponerle quiero
a este informe montón
de astucia y de dinero...—

La princesa miró a Floridor con maligna son-
risa e inquirió:

—¿Conocéis el cuento
de la oveja blanca,
que balaba sólo
cuando lo ordenaba
la linda pastora?
—Lo conozco, ¡oh dama!,
conozco ese cuento.
—¿Queréis imitarla?

—¡ Seré vuestra oveja,
pastora adorada !

—El pacto queda hecho, Floridor,
seréis mi amo y señor,
aunque oíd una cosa :
sólo compráis esposa,
mas no mujer ni amor.

—Yo, mientras tanto,
mantendré la llama
de mi pasión ardiente
Y al amor verdadero
lo seguiré llamando eternamente.

—No esperéis ese amor,
pero... y si llega,
¿qué papel reserváis
a Floridor.

—No sé... Podéis pensarlo.
Yo no puedo dar más de lo ofrecido
y en vos está tomarlo
o no tomarlo.

Y el rico pretendiente,
que de ser hombre práctico se ufana,
piensa que hay que vivir en hoy
y no en mañana.

Y contesta, del conde con sorpresa :

—Acepto el pacto,
singular princesa.—

Esta se pone en pie, mirando a Giano,
y anuncia con tono soberano :

—Por mi libre albedrío
elegí a Floridor
para que sea señor
y esposo mío.

Violante bajó del trono y acercóse a su futuro esposo, quien tomándola por el brazo anun-

cio en alta voz, con mengua de la tranquilidad
de nervios del conde Giano :

—¡ He aquí mi prometida,
la princesa Violante !—



*Soberbio en su derrota, el conde Giano
no abandona su presa,
y en sentidos coloquios lucha en vano
por vencer a la indómita princesa.*

Protesta airadamente
el conde enamorado
al sentirse en su orgullo
y en su amor despreciado.

Mas la princesa, al pasar junto al molestado conde, le dice sonriente:

—Sed justo, conde Giano,
porque la condición
fué acatar en silencio
mi elección.
Y al verse libre, unida a Floridor,
cree la gentil señora
que en alas de su mente soñadora
puede volar en busca del amor.

IV

Los esposos viajaron largo tiempo
sin romper lo pactado:
Floridor satisfecho y obediente,
y ella, al acecho
del amor buscado...
El conde Giano, seguido del bufón,
a su castillo fué
a beber en la fuente del olvido;
y se volvió un tirano pervertido
sin lograr acallar su corazón.

El conde Giano no llaba el reposo de su alma amargada por el olvido y desprecio de la singular princesa, que no había querido corresponder a sus amorosos anhelos.

Varios días pasó sin poder conciliar el sueño, pensando en su malogrado amor.

Quiso olvidar a la mujer amada, rodeándose de placeres.

Reunió en su castillo las más hermosas y la-

civas mujeres. En fiestas enfrascado, vivía en una orgía continua, forjándose la ilusión de que así olvida a la princesa que le había quitado la tranquilidad; pero es vano cuanto intenta para olvidarla.

Y se hunde en los placeres voluptuosos en una continua fiesta orgiástica.

La vida depravada del castillo trasciende al exterior—que nunca supieron los servidores de un magnate guardar secreto sobre sus intimidades.

Los vasallos se enteran de las innobles vileszas de su amo y señor, a quien, hasta entonces, han respetado y honrado y obedecido. Y todo son murmuraciones y cabildeos entre los buenos feudatarios, en cuyo espíritu fermenta la indignación y la ira.

Y tanto el conde la medida colma de sus monstruosidades, que al fin la indignación de los espíritus individuales se hace general y prende como reguero de pólvora en todos los corazones.

—¡ Hay que vengar la moralidad ultrajada ! —dicen unos.

—¡ Hay que asaltar el castillo ! —proponen otros.

Y todos, sublevados, complotan un día tras otro. Al fin, la furia popular estalla en una potente manifestación.

Un día, el pueblo todo se dirige a la morada de su señor feudal en actitud levantisca.

Unos empuñan hoces, otros azadones, palas y otros aperos de labranza; los más van armados con sendos garrotes.

Al llegar cabe los muros del castillo, empezaron a dar gritos desaforados.

El primero que notó
esta actitud desmandada
de las turbas, fué el bufón,
quien, temiendo que asaltaran
el castillo, aviso dió
a Giano : —¡ Señor, nos valga
San Bruno y también San Blas !
¡ Qué multitud, Dios nos valga !
—¿Qué quieren, por Barrabás ?—
preguntó el conde con rabia,
sus feudos al contemplar
desde elevada ventana.
—Quieren mataros, señor—
respondió el juglar.— Y tanta
rabia os tienen, mi señor,
que si no huís—¡ Virgente santa !—
albóndigas hacen hoy
del conde Giano.

—No espanta
al conde Giano esta gente
cuando tiene aquí mesnadas.
Mis lanzas van a acabar
con rebuznos y amenazas.
Y tú, bufón de Satán,
que tanto pavor te causan
los gruñidos de estos siervos,
caerás en mi desgracia...
—¡ Señor !

—¡ Poltrón, haragán,
vete lejos... mala casta !
—Yo, señor... .

—¡ Calla, si no... !
—Pero si no digo nada.
El conde Giano calló ;
el bufón, orejas gachas,
de su presencia marchó...
Y la multitud gritaba :

—¡ Que muera el conde, que muera
ese gocho de dos patas !—
Enfurecido, el conde
a sus mesnaderos manda



*La princesa Violante va de caza
con el gran esplendor
que contempla curiosa
la gente en redor...*

ir contra la multitud
armados todos con lanzas.
Se armó la de San Quintín ;
aquello fué una batalla,
¡ y qué batalla, gran Dios !

Todos luchaban con rabia ;
mas quedaron vencedoras
del conde las sus mesnadas.
Algunas horas después,
cuando ya el sol se ocultaba
tras las montañas, quedó
libre de toda amenaza
el castillo feudal,
que quedó ya siempre en calma.
Después de sofocar la rebelión,
cae en desgracia del conde
el valido bufón.

El conde Giano hizo encerrar en una obscura mazmorra al infeliz bufón, cuya falta sólo consistía en haber prevenido al conde del peligro que corría su persona.

Allí, mil penas sufría sin compasión : hambre, sed, azotes, todo cuanto la crujedad inventó para hacer sufrir a un humano.

De tal modo se llegó a martirizar al desventurado bufón, que le ponían, en el patio, cerca del ventanillo abarrotrado que daba a ras de tierra, pedazos de pan y vasijas llenas de agua : pero de modo que no estuviesen al alcance de su mano. Hacíanle sufrir hambre y sed : así su martirio era mayor a la vista constante del agua y del pan.

¡ Qué tormento tan terrible este de Tántalo !

Así vengaba el conde su despecho sobre el desventurado e inocente juglar.

Un día, los heraldos del conde Giano hicieron oír las trompetas, nuncio de que se acercaba al castillo una comitiva, digna de un soberano :

— ¡ Señor — anuncia un paje al conde — , dos

personas principales están pidiendo ser admitidas en el castillo !

— ¿ Dónde están ?

— Esperan que se les eche el levadizo puente.

— Que se les permita la entrada y que mis mesnaderos se formen prestamente en el patio de honor.

Cumplióse como el conde lo ordenara. Entró la comitiva.

¡ Qué sorpresa, Dios santo !... ¡ Los que a las puertas de su mansión llegaban eran Floridor y Violante !

A través de su viaje,
Violante y Floridor llegan al feudo
para rendir al conde
amistad y homenaje.
Y, en honor de Violante,
aquella misma noche
hace el conde un detroche
de lujo, en una fiesta deslumbrante.

Durante la misma, procura Giano avistarse a solas con la amada de su corazón, con la señor Violante.

Aun espera el conde llegar a alcanzar su amor, por eso busca con placer su compañía.

— ¿ No estáis cansada, princesa — — — inquiere Giano — , de tanta gordura ?

— Floridor cumple hasta ahora su promesa : procura mi dicha.

— ¡ Qué facha cuando ambos juntos os halláis !

— ¿ En eso os fijáis , conde ?... ¡ Qué menudo sois !

— ¡ Buena cruz os lleváis, Violante, con tal compañía !

—Floridor es mi luz,
su oro me guía...
Pero no he descubierto en mi camino
el amor que yo espero todavía.
—¡ Me miráis con desdén,
aún sois la misma !
—¿ No sois el mismo vos ?
¿ Cómo queréis entonces
que yo os mire,
cuando nada ha cambiado entre los dos ?

En esta conversación se hallaban Giano y Violante muy cerca del encierro donde estaba aherrojado el desdichado bufón.

La princesa oyó un triste lamento y prestó oído.

Una voz quejumbrosa se lamentaba tétricamente :

—¡ Tengo hambre, tengo sed !
—¿ Quién así gime, conde ?
—Aquí lo ved —y Giano señaló la reja situada a ras de tierra.

La princesa reconoció al bufón y exclamó :
—¡ Pobre bufón ! ¡ Su situación me conmueve !

—¡ Tengo hambre, tengo sed ! —volvió a repetir el encarcelado.

Pero Giano se inclinó hacia la reja y le insultó :

—¡ Ah, perro !... ¡ No hay clemencia !
¡ Yo te pedía apagar
mi sed en el olvido,
y tú me envenenaste la existencia ! —

Violante se acercó también a la reja y, al ser

reconocida por el preso, éste le pronunció estas discretas palabras :

—¿ Pero está la gacela ?
¿ Ha venido ?... ¿ Llegó ?



—Hija mía, es forzoso :
el plazo que te di ya ha terminado ;
mañana mismo
has de elegir esposo.

Pues estás, amo mío,
tú más preso que yo.—
Y endulzando su voz desfallecida,
el discreto bufón
cantó con voz meliflua esta canción :

—Por tu amor, quiero vivir;
por tu amor, he de matar;
por tu amor, voy a morir.—
Violante preguntó con emoción:

—¿Os burláis del amor?—
Y contestó el bufón:

—¡Guardaos, señora,
no clave en vuestro pecho
su dardo vengador!—

Volvíole el conde a interrogar,
y el bufón contestó con un cantar:

—Dime, taimado bufón:
¿qué es lo que piensas de mí?
—Soy el juguete sin niño,
soy la sortija sin mano,
soy el amor sin cariño.

—Eso soy?

—Eso sois.

La princesa que amaba al amor, al oír estas palabras, se echó a reír y fuese al lado de su esposo Floridor que se hallaba aún en el comedor, donde había tenido lugar el banquete.

El conde quedó solo con el preso, cuyo espíritu admiraba, y al ver que el juglar solicitaba su piedad, le dijo prometiéndole sacarle de allí:

—Te sacaré de ahí; mas si en dos días
con tu fina destreza,
no me consigues el amor que ansío,
entregaré al verdugo tu cabeza.

—¡Aceptado, señor, lo accepto todo!
¿Cómo queréis yo pueda de este modo
el ingenio aguzar?... Yo no podría
con la tripa pegada al espinazo.

No me matéis de hambre,
matadme de un trancazo.

—Saldrás de aquí con esa condición.

—Y yo acepto convencido de que obtendré
a vos a la mujer más linda que jamás haya
ado el sol.

—Si tal haces, una recompensa mayor ten-
s, si cabe, que la que ahora te concedo con
libertad.

—Gracias, señor... Os serviré siempre hu-
lamente.

Pocos momentos después las puertas del en-
cierro, donde aherrojado estaba el discreto bu-
fón, se abrieron de par en par.

El juglar oyó ruido de platos. En aquel mo-
ento se terminaba el gran banquete con el
que Giano obsequiaba a sus huéspedes.
Dirigióse el bufón al comedor y observó des-
de la puerta.

El panzudo Floridor comía con apetito voraz
una pierna de carnero, mientras, con la boca
lena, daba muestras de gran locuacidad... ¡Po-
ner del vino!

Violante se acercó a su marido y lo atrajo
hacia sí diciéndole:

—¡Floridor, Floridor,
alza tu vista al cielo...
y mira, esposo mío,
qué clara luna llena
rompe las sombras del azul vacío!...

—¿Y qué, esposa amable?

—Su faz imperturbable
hondo mutismo sella:
has de ser razonable
y aprender a callar lo mismo que ella.

Floridor comprendió la lección y cerró la boca que abría encantado, oyendo la sentencia de Violante.

En aquel momento, el bufón, saltando alegramente, se enfrenta con el craso Floridor y le pregunta con gracia:

—¿Eres un hombre
o un aerolito?
¿O un producto creado
para excitar más mi apetito?
—¡Qué hambre tienes, caray!
Bien se me alcanza
que muy cerca de ti
peligrará mi panza.
—Te conozco, señor,
eres el archigato cazador.

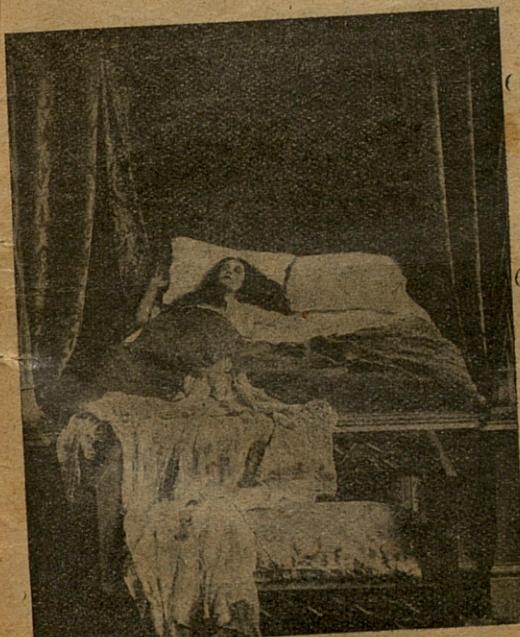
En aquel momento se presentó el conde Gianno y el locuaz y discreto bufón fué hacia él:

—Amo y señor querido,
me desconcierta el hambre,
estoy desfallecido.
Hasta antropófago me siento.
Decid, ¿con qué invitado
tenéis algún resentimiento?—

El conde contestó al hambriento juglar:

—Aún quiero verte padecer:
mientras no hagas llorar a Floridor
tú no podrás comer.—
Y el bufón tiene prisa
por arrancar el llanto a Floridor,
que es un saco de risa.

El juglar por piedad pide al marido de Vio-
nte que se retuerce en risa descompuesta:



*La claridad del día,
radiante de esplendor,
diluye pronto el sueño
de la noche anterior.*

—¡Llorad, por compasión,
para que coma un pobre hambriento!

Floridor ríe más fuerte, si cabe, y el bufón aún insiste, poniendo cara de lástima:

—¡ Una lágrima solo!...

Y Floridor, riendo a mandíbula batiente, le contesta:

—¡ Oh, bufón peregrino!

¿ Cómo llorar sin pena?

¡ Tráete de la cocina un cebollino
y me verás llorar
como una Magdalena !

No podía comer el bufón si no lloraba Floridor y quiso que llorara; para obtener aquellas lágrimas, el juglar tomó una actitud severa, mayestática, y como quien profetiza, exclamó:

—¿ Queréis mayor querella
que saber que no alumbra
ya vuestra buena estrella?...

¿ No lloras?... ¡ Pues yo debo
comer, ser repugnante!
¡ Gordo barril de sebo !

Tomó el bufón una copa llena de vino, miró al fondo de ella y como adivinando, vaticinó:

—Mira este vino,
que dibuja en el fondo de la copa
tu mísero destino...

—¿ Eres tú por si acaso un adivino?

—Escucha, por favor,
lo que dice este vino a Floridor:

—¡ Busca al obeso y cómico marino
Floridor,

que me vendió el felino
cazador !

¡ El, que está devorando
nuestros bienes mejores,
como antaño lo hacían
la plaga de roedores !

¡ Que muera, sí, es de ley !

¡ Que muera Floridor,
el archigato rey !

Al oir estas palabras, Floridor se echa a llorar a lágrima viva. Y apenas sorprende a éste las pupilas húmedas de emoción, el juglar se arroja sobre una fuente, conteniendo un pollo asado y en él ceba sus ansias de hambriento.

Y mientras da buena cuenta del asado, con la boca llena va diciendo:

—No llores, más,
esposo de Violante,
tú no tienes más ley
que tu soberbia panza de elefante.

El conde, su amo, vino a interrumpir su trabajo. Cogióle por el brazo y le advirtió:

—Piensa que el tiempo pasa
con presteza,
y que tienes en vilo la cabeza.—

Y el astuto bufón su ingenio aviva,
pues la cabeza es cosa tan preciada
que no debe dejarse abandonada
a la merced de una princesa esquiva.

V

Son las horas misteriosas de la noche, de una noche estrellada y clara. La luna refleja sobre la tierra una luz pálida, propicia para envolver con su manto de plata a los enamorados: es noche abrileña, noche de amor, llena de encantos.

El amor vela; y a su alrededor se fraguan intrigas alevosas.

Es la noche que el bufón elige para lograr el galardón de conservar en su sitio la cabeza.

El grueso Floridor, que afirma conocer a fondo la ciencia del vivir, apenas termina de cenar, cree que lo lógico es dormir. Y, sin preocuparse de su esposa, de quien—en aquella hora—suele hacer caso omiso, se va a acostar.

El bufón ha contratado a un puñado de músicos, tañedores de laúdes, que se apostaron bajo la ventana del dormitorio de la Princesa, y a la hora misteriosa de media noche, mientras Violante se despojaba de sus vestiduras para acostarse, una música celestial hirió dulcemente su oído. Cubrióse con un manto y salió a un terradillo florido, para oír la meliflua trova que en su loa se cantaba. Una voz atenorada, acompañada por el dulce tañer de los laúdes, cantó con gran sentimiento:

Como espejo tus ojos
yo quisiera tener,
y por fuente tus labios
para saciar mi sed.

El bufón se había acercado a la escalinata que al terradillo conducía. Violante le vió y, al terminar la trova, descendió hasta él y le preguntó con dulce acento, mientras los laúdes continuaban haciendo oír la suave melodía:



—¿Quién eres?... No recuerdo.
¡Ah, sí!... Diviérteme, bufón.

—Pero... ¿eres tú, bufón?
¿Cómo sabes cantar
esa linda canción?
—¡Yo de todo en la vida me reía;
pero el amor hay que tomarlo en serio

y rendirle de hinojos pleitesía !

—Oye, dulce cantor :

¿ Tú sabes explicar
qué cosa es el Amor ?

—¡ Oid entre la fronda
ese leve rumor
del aire que modula
un cántico de amor ! ...

Y, mejor que mis frases,
esa música oid.

¡ Es el Amor que os llama !

¿ Qué esperáis ? ... ¡ Acudid !

—No comprendo, bufón ...

—Una pasión abrasadora
pone en mis labios tal ardor ...
Os habla el conde, mi señora,
yo sólo soy su embajador.

Mientras el bufón hablaba del Amor, de la abundancia de su corazón, Violante escuchaba embelesada, trémula de emoción ; pero cuando oyó ésta el nombre del conde, que nunca le había sabido dirigir una frase encendida como las del bufón, hizo un mohín de disgusto, Comprendió el juglar que perdía la partida y echa mano del sarcasmo y la ironía :

—Si estáis enamorada
de ese panzudo bicho
que tenéis por esposo,
nada he dicho ...

—El reptil eres tú,
e intentas fascinarme ...

—Vos no me conocéis.

¡ Estad alerta !

¡ Soy el genio del Mal
que aturde y desconcierta !

—¡ Cuán vil y cuán pequeño
me pareces, al verte suplicando



—Lo dudo, y no te asombe :
como bufón acaso me vendieras ;
pero como hombre, no ...
Y yo te he hecho hombre.

porque juegás la vida en el empeño !

—¡ No tengo otra esperanza
que la muerte !

—Escúchame, bufón :
¿ Y si hablase por ti ...
tu corazón ?

—Avida de belleza,

hasta el pie del rosal
 se arrastra la maleza...
 ¡ Oh, mujer misteriosa !
 ¿ Cómo escalar vuestra encumbrada alteza ?
 ¡ Si yo soy la maleza
 y- vos la rosa !
 —Habla más, trovador...
 ¡ Qué tus frases desgranan en mi oído
 un poema de amor
 dulce y desconocido !
 —¡ El Caballero Amor !... Llegar le vec,
 galopando jinete en la Impaciencia,
 por el jardín en llamas del Deseo.

Violante se acerca al bufón, sus manos aprisiona entre las suyas y, cerrando los ojos, recibe en su alma el raudal de poesía que, como cascada de pétalos de rosas caen en su alma por el vehículo del oído: Ya no es el comisionado del conde, es el corazón inflamado en amor del juglar: es el Amor. Y la princesa que amaba al Amor, hacia él se acerca y ambos se atraen, y quedan unidas sus bocas, sorbiéndose el alma en un prolongado beso.

Y entretanto, la noctámbula hueste del laúd y del rabel, que paga el conde Giano, ya no oficia para éste. Y entre los músicos, canta uno:

—¡ Perfume, estrella, flor,
 hada del mágico jardín :
 abre tus puertas al Amor !

Violante y el juglar ya no hablan. Entrelazados, ascienden las escalinatas y penetran en la habitación de la princesa.

Cuando la aurora iluminó con sus primeros fulgores los viejos torreones, y los canoros pájarillos saludaban el día, en el jardín dormitaban los músicos que dieran serenata a Violante. Un céfiro suave murmuraba entre los rosales silvestres que trepaban por sobre la ventana del dormitorio de la princesa. Y el céfiro movió las rosas lozanas la víspera, y una lluvia de pétalos alfombró el terradillo, ante la puerta donde, aquella noche, triunfara el Amor.

Los primeros rayos del sol despiertan a Floridor. El tranquilo esposo no ha podido dormir en toda la noche, a causa de la, para él, odiosa serenata.

Diríjese al dormitorio de su esposa, creyéndola levantada; pero Violante, rendida, está aún acostada.

Al conde Giano le falta tiempo para preguntar al bufón el resultado de su artimaña para rendirle a la princesa, y él contesta, con doble intención:

—Señor, rendí la fortaleza,
 podéis contar que es vuestra
 la paloma,
 y yo puedo contar
 con mi cabeza.

—¿ Y cómo te has valido... ?

—Que os baste mi promesa,
 pues el fin y no el medio
 es lo que os interesa.

—Mas, decidme, señor :
 ¿ cómo retribuiréis
 mi lograda labor ?

—Entiendo, buena pieza,

que ya te doy bastante
dándote tu cabeza.

Cuando el bufón dejó al conde, topó de manos a boca con el gordísimo Floridor, a quien sin darse cuenta, miró en la frente. Floridor le detiene:

—A ti que pareces
un juglar discreto,
quisiera confiarte un gran secreto.
—Una respuesta os daré al instante.
—El amor que busca Violante,
te confieso,
que no sé si es ideal
o si es de carne y hueso...
—Tú qué dices?
—Estará muy distante
o lo tendré delante
de mis propias narices?
—Yo creo que está cercano...
y se parece mucho
al conde Giano.
—¡ Me confío a mi suerte,
pues, al menos, no dudo
que ese amor será mudo
como la misma muerte !
—Lo mejor es callar,
señor y amigo,
guardando las espaldas
del castigo.
—¿ Las espaldas?... Te digo
con franqueza,
que donde duelen en verdad los golpes
es sobre la cabeza.

Un momento después, Floridor se halla con su esposa a quien confiesa sus temores:



— ¡ El momento llegó !
¡ Levanta presto !

—Escucha, esposa mía,
hoy tengo un mal presentimiento...
—Echad de sí la desazón
y en vuestra esposa confiaros.
Habla mi corazón
que ya está a punto de adoraros.
— ¡ Oh, esposa mía !
¡ Hoy Floridor
revienta de alegría !

VI

Amaestrando estaba Violante unas palomas a quienes daba de comer en su misma mano, cuando de detrás de una columna le salió al paso el afortunado bufón. Ella le miró con altanero desprecio y le preguntó :

—¿Quién eres?... No recuerdo...
 ¡Ah!... Sí... Divírteme, bufón.
 —¡Sois frágil de memoria,
 mas yo no he olvidado
 que del brazo de vos
 entré en la gloria!
 —Intentarás ponerme
 en el aprieto
 de darme el conde atenazada
 por el dogal de tu secreto?
 ¿Creiste haber vencido
 y ser mi dueño
 sin pensar, infeliz, que todo ha sido
 un vaporoso sueño?
 —Me creí vencedor en la contienda,
 y os prometí, insensato, a mi señor,
 que mi preciosa vida
 tiene en prenda.
 ¡Oh, princesa Violante,
 de rodillas reclamo
 que me miréis sin odio un solo instante,
 y moriré para olvidar que os amo!
 —Vete, bufón, y olyuda que esta noche...
 —¡Sois harto cruel, señora!
 ¡Jamás hice yo el daño
 que vos me hacéis ahora!
 —¡Vete en malhora!

—¡Te tengo encadenada
 y he de llevarte al conde,
 por mi secreto presa
 y arrastrada!



—Prepárate a morir,
 hombre perverso.

—Lo dudo, y no te asombre:
 como bufón acaso me vendieras,
 pero como hombre, no...
 ¡Y yo te he hecho hombre!
 Quiero verte morir sumiso, quieto...
 Llevándote a la tumba
 tu secreto.

—¡ Oh, no ! ... La vida es un tesoro.
¿ Quién habla de la muerte ?
¡ En orgías he de gastar el oro
que sacaré en venderte !

—Cuenta
que no daré lugar
a esa infamante venta...
Que en uso de un derecho soberano,
por mi libre albedrío,
me entregaré yo misma
al conde Giano.
—¡ Eso no, eso no ; tal no harás !
—¿ Ves como te rebelas ?
¡ Por eso callarás !

Y en aquel corazón humano entablan una lucha de pasiones el hombre y el bufón.

Transcurren las horas prefijadas por Giano, el infame conde ; y, árbitro de la vida y de la muerte de sus súbditos, esclavos del feudal, hace encerrar al bufón en lóbrego calabozo, donde espera tristemente su hora postrera.

Y cuando el conde penetra en el encierro donde yace el desgraciado juglar, para anunciar a éste su fin próximo, el condenado, con la cabeza enhiesta, dice así a su señor :

—Ahora el bufón no existe.
Soy un hombre cabal,
más que tú... Ya lo viste.
En la comedia de la vida,
se ha trocado la acción...
Y me río de ti,
porque eres tú el bufón.
Esta pasión insana ha de perderte.
¡ Tú caes en la abyección lleno de vida,
mientras yo me redimo de la muerte !

Floridor, al enterarse de la triste suerte del bufón, pide inútilmente gracia al conde Gia-



—Y ahora, con firmeza,
que el hacha siegue
de un soberbio tajo
tan villana cabeza.

no. Al ver que no es atendido su ruego, va a ver a su esposa.

—Princesa, es horroroso:
va a ser decapitado
aquel bufón tan listo
y tan gracioso.

Cree el conde Giano que la princesa le im-
petrará gracia para el reo y él se aprovechará
imponiendo la única condición admisible, a
saber: el amor de la princesa.

Giano pregunta a Violante:

—¿No pedís nada?...
—Le dejaréis morir en el cadalso?
—Vacílo, dudo, pienso...—
contestó Violante.—
—¿No es vuestro amor por mí
heroicamente inmenso?
—¡Pudiera convencerme
una sola razón:
que os abrierais el pecho
con mi daga
para enseñarme el corazón!
—El sacrificio del bufón
será un abismo infranqueable
a vuestra loca pretensión.
—¿Vos amáis al bufón?
—¡Sí!... El me hizo sentir
la delicia suprema
de sentirme mujer.
—¿El bufón?... ¿El bufón?
Soy capaz de ordenar a mis yasallos
que te pongan desnuda sobre el suelo
para servir de alfombra a mis caballos.
—Conde, para matar,
no hace falta ser héroe...
Lo heroico es despreciar.
Renunciad, pues a mí,

y salvad al bufón.
seréis más digno así.
—¡No puedo!... ¡Es imposible!
—Sed fuerte
y procurad salvarlo de la muerte.
—Pero dais de barato
que ese bufón inmundo
quiere morir así
por seros grato?
—Para alcanzar el codiciado lirio
él desgarró sus pies en los abrojos,
y es capaz de morir en el martirio
por elevarse más ante mis ojos...
—¿Qué decidís al fin?
—Como prueba mejor,
intento demostraros con presteza
vuestro sensible error.

VII

Parecía que el conde Giano no se inclinaba
a perdonar al desventurado bufón. Sin embar-
go, llamó al ejecutor de la justicia, un verdugo
de faz repugnante, y le dió órdenes secretas
que hicieron sonreír a éste.

Floridor, vivamente emocionado, fué de nue-
vo a pedir clemencia para el desgraciado ju-
glar. Giano le contestó:

—No quiero que sufráis,
huésped amigo...
Sabed que el truhán, sólo
va a llevarse un gran susto
por castigo.

A las doce de aquel día debía ejecutarse la sentencia en el gran zaguán del castillo; el patíbulo estaba ya dispuesto, y sobre él, el tajo.

Momentos antes de la hora señalada, los esbirros del conde, juntamente con éste, fueron al calabozo donde estaba encerrado el bufón. Giano le avisa con estas poco consoladoras palabras:

—¡ Prepárate a morir,
hombre perverso !
Y el preso contestó
con entereza :
—¡ No me importa,
que para arrepentirme
ya tuve suficiente
con un soplo de vida
solamente !
Y si Dios decretare
prolongar mi existencia,
la emplearía en el bien
haciendo penitencia.

Desatáronle las cadenas y, con gran acompañamiento de soldados, le condujeron al zaguán donde preparado habían el cadalso. El bufón llevaba amarradas las manos a la espalda.

Con la cabeza bien alta y con gran entereza, subió al patíbulo, donde al lado del tajo esperaba el verdugo con el hacha en la mano.

En aquel momento, apareció en la escalinata que al zaguán conducía, la arrogante figura de la princesa Violante, pálida, desencajada.

Dirigió la princesa una mirada de odio al conde Giano y luego puso sus ojos compasivos,

lastimosos, en el reo, que también miró a Violante como despidiéndose de ella... Aquella mirada parecía significar: «Violante, por ti muere el bufón a quien has elevado a la cat-



Y derrama sobre su cuerpo las flores que para él acababa de recoger.

goría de hombre, y que te ha enseñado a amar al Amor».

El bufón se arrodilló y cerró sus pupilas, despidiéndose de la luz de la vida.

El conde Giano ordenó :

—¡ Le haced sentir primero,

esa helada caricia que la muerte
sabe hacer con el filo del acero !

El verdugo acarició la mejilla del ajusticiado con el filo del hacha. Un estremecimiento de muerte recorrió el cuerpo del pobre bufón.

Y prosiguió el conde con voz firme :

—¡ Y ahora, con firmeza,
que el hacha siegue
de un soberbio tajo
tan villana cabeza !

El verdugo levantó el hacha... Violante se tapó la faz con las manos... Sonreía el repugnante ejecutor de la justicia con el arma en alto... Se abatió el hacha sobre el cuello del bufón ; pero antes de tocarle retuvo el verdugo el golpe y no hizo más que tocarle la piel, sin hacerle el menor daño.

Pero como si el golpe hubiese sido mortal, el bufón desplomóse, rodando por el suelo.

Los esbirros, que estaban al corriente de las órdenes del conde, reían. La princesa, cuando abrió los ojos y vió el cuerpo exánime de aquel hombre que le había hecho sentir lo que era el amor, tuvo que apoyarse en el pasamanos de la escalera.

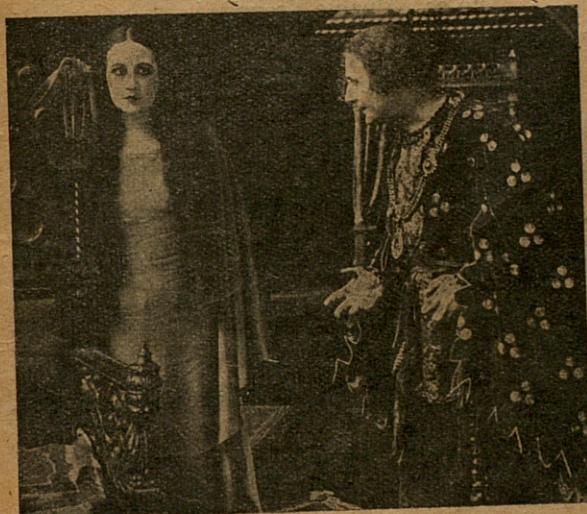
El conde, convencido de que no se le había hecho ningún mal, ordenó :

—¿ Me escuchas, gran farsante ?
¡ Ya te puedes alzar
y seguir adelante
con tu mísera vida de juglar !

El bufón no se mueve. El verdugo se arro-

dilla ante él, le ausculta y exclama con es-
panto :

—¡ Su corazón no late ! ...
¡ Ha muerto !



—¡ En él amé al Amor,
él fué mi gloria !
Y para mí ¡ oh, Señor !
lo sigue siendo su memoria .

Terrible sensación causa esta fatal noticia entre los asistentes; el conde Giano está lívido; Violante, dedica unas lágrimas a aquel hombre singular, su amor perdido; Floridor,

espantado, se acerca al cadáver y con acento suplicante clama:

—¡ Señor muerto, yo juro,
por la cruz de mi espada,
que Floridor, el gordo,
no es culpable de nada !

Y el bufón se había despedido de la vida, usando de los procedimientos en él ya viejos: cuando todos querían engañarle, él ha engañado a todos.

Y mientras los servidores trasladaban el cadáver al extremo de uno de los corredores para depositarlo encima de un arcón, esperando la hora del entierro, el conde Giano se acercó a Violante y le dijo con sarcasmo:

—¿ Creíais que era un hombre?
¡ Pues ha muerto de miedo !

Sin contestar, Violante despreció al conde, volviéndole la espalda.

VIII

Obscurecía. Y para que todo, aquel día, fuese lóbrego, negros nubarrones impedían asomarse al astro de la noche, desde su elevado asiento.

Un viento silboso gemía entre las rendijas de los vetustos ventanales.

Una mujer deambula por el frondoso parque.

Es Violante que va cortando las flores más lindas con las que forma un inmenso ramo. Con él se dirige al castillo.

El corredor, en cuyo extremo habían depositado el cadáver del bufón, está desierto. La hermosa princesa se dirige con paso firme hacia él. Se acerca al difunto bufón y derrama sobre su cuerpo las flores que para él acababa de recoger.

Violante elevó al cielo una oración por el descanso eterno de su malogrado amor, y después de regar el rostro amarillento del juglar con sus lágrimas, retiróse triste y abatida.

Apenas la princesa había vuelto la espalda al cadáver del bufón, éste abrió los ojos y se dió perfecta cuenta de que Violante le acababa de cubrir de flores.

La impresión terrible que le produjera el macabro simulacro del cadalso, le había producido una catalepsia, parándose las palpaciones del corazón; por cuyo motivo todos creyeron en su muerte.

Ahora volvía en sí. ¡ Oh ! ... ¡ Violante le amaba ! Recogió las flores que encima tenía, hizo un manojo y lo apretó contra su corazón.

En aquel momento, el grueso Floridor llegó a pasar cerca de allí y al mirar al difunto y ver que se movía, echó a correr encomendándose a todos los santos.

La princesa acababa de penetrar en su dormitorio. Tras ella, entró el enamorado conde Giano, sonriente, acariciador.

Violante, escudándose tras un sillón, le atajó, diciéndole:

—Jamás conseguiréis
de mí ni una mirada

de amor... ¡ Os aborrezco,
alma cruel y despiadada !
—¡ El bufón ya murió !...
—¡ En él amé al Amor,
él fué mi gloria !
Y para mí, ¡ oh, Señor,
lo sigue siendo su memoria.

Quiso el conde abrazar a la princesa; pero una puerta se abrió y apareció en el marco de ella la efigie del bufón, abrazando contra su pecho un ramo de flores. Giano, espantado, retrocedió dos pasos y con la faz amedrentada, preguntó:

—¿ Pero es que vives, di,
para mi daño ?
¿ O es que aun muerto el bufón
prepara un nuevo engaño ?

El juglar avanza unos pasos, y poniendo en sus palabras un tono lúgubre para espantar al conde, replica:

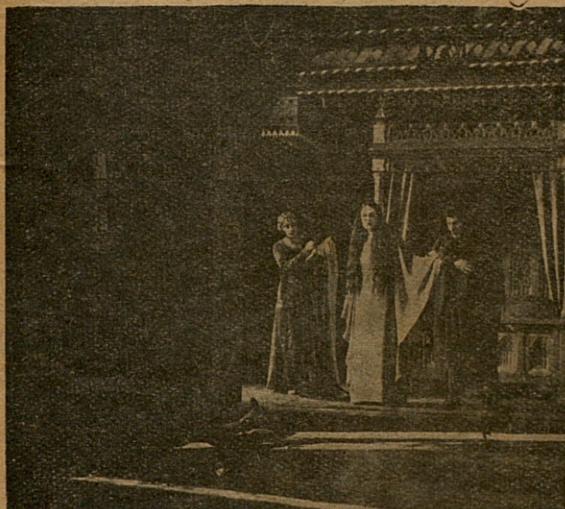
—¡ Amo mío, está cierto :
yo soy la sombra del bufón
que para siempre ha muerto !
¡ Mas vengo de la Nada
con la ofrenda mejor
para haceros florida y perfumada
vuestra noche de amor !

Y hacia el conde avanza, haciendo ofrenda de las flores. El conde, espantado, quiso huir; mas faltóle el aliento a causa del terrible susto y cayó sin sentido.

Al verse a solas con Violante, el bufón se le

acerca y, con voz meliflua y rostro sonriente, le dice :

—¡ Nada temas, amada Violante, vivo para tu bien y mi ventura !... Y ahora que sé que me amas, vengo a proponerte que nos vayamos en pos de la dicha que anhelamos.



*—Si es un hogar donde el amor anida,
vale más una choza que un palacio.*

—¡ Oh, mi amor ideal hallé en ti, juglar,
huyamos, huyamos !...

La sirvienta de la princesa cubrió a ésta con su capa, en la que se envolvió.

Un instante más tarde, una pareja salía del

castillo del conde Giano: eran el bufón y la princesa que amaba al Amor.

Iban en pos de la felicidad en alas del Amor, convencidos de que para ser felices no se precisa fastuosidad ni riquezas, pues como muy bien ha dicho Dante en «La Divina Comedia»:

Si es un lugar donde el amor anida
vale más una choza que un palacio.

FIN

BIBLIOTECA FILMS

2	No se fie de las apariencias . . .	Mary Pickford . . .	25
3	Lorna Doone	Charles Chaplin . . .	25
5	¡Cuidado con la curva!	Lil Dagover . . .	25
6	El León de Venecia (2. ^a edición)	Magda Bellamy . . .	25
8	Ensueño	A. Rouane . . .	25
9	Sherlock Holmes	Dorothy Philips . . .	25
10	Las esposas de los pobres . . .	Bárbara La Marr . . .	25
11	El Signo del Zorro (4. ^a edición)	Douglas Fairbanks . . .	25
13	Luisa Miller	Ramón Navarro . . .	25
14	Flor de Fuego (2. ^a edición)	Frank Mayo . . .	25
15	Las dos niñas de París (4. ^a ed.)	Mary y Douglas . . .	25
16	Rescatando la honra (2. ^a ed.) . .	Tom Mix	25
17	La hija del fuego (2. ^a edición)	Perla Blanca . . .	25
18	Nathan el sabio	Sandra y Herrmann . .	25
19	La Huerfanita (4. ^a edición)	Dorothy Gish . . .	25
20	Clarita May	Bessie Love . . .	25
22	¡Perdida y encontrada! (2. ^a ed.)	Antonio Moreno . . .	25
23	El alma de Oscar	Cullen Landis . . .	25
24	El Botones n. ^o 13.	Douglas Mae Lean . .	25
26	Mandrín, caudillo de leyenda . . .	Romuald Joubé . . .	25¢
27	El velo de la dicha	Claire Windsor . . .	25¢
28	Nellie, la bella modelo	Mae Murray . . .	25¢
30	Como aman los hombres	Bárbara La Marr . .	25¢
31	El Ladrón de Bagdad (3. ^a edición)	Lya Mara . . .	25¢
32	La Reina de la Moda	Jacqueline Blanc . .	25¢
33	Montmartre	Pola Negri . . .	25¢
34	El Caballero de la Pesadilla . . .	Ivan Mosjoukine . .	25¢
36	El regreso de Cyclone Smith . . .	Eddie Polo . . .	25¢
37	Dorothy Vernon (3. ^a edición)	Mary Pickford . . .	25¢
38	La Ley de la Hospitalidad . . .	Buster K. (Pamplinas) .	25¢
39	¡Viva el Rey!	J. Coggan (Chiquitín) .	25¢
41	Locuras de juventud	Mia Mav . . .	25¢
42	Historia de un dólar	Tom Moore . . .	25¢
44	¡Velarás por tu hijo!	Andre Rolane . . .	25¢
45	El botín de los piratas (2. ^a ed.)	Ferla Blanca . . .	25¢
46	Amor que vence al amor	Betty Compson . . .	25¢
47	Los tres mosqueteros (2. ^a edición)	Douglas Fairbanks .	25¢
48	Tony	Shirley Mason . . .	25¢
50	El Camino del amor	Rodolfo Valentino .	25¢
51	Vida de los artistas de cine . . .	Wallace Reid † . . .	25¢
52	Oriente	Jacobini . . .	25¢
53	El islote de las perlas	Jean Tolley . . .	25¢
54	El pez dorado	Constance Talmadge .	25¢
55	La gitana blanca	Raquel Meller . . .	25¢
56	La ingenua	Hella Moja . . .	25¢
57	El Nueva York de antaño . . .	Marion Davies . . .	25¢
58	La venganza de Crimilda . . .	Mary Mac Laren . .	25¢
59	Los hijos de los hombres pobres	Mary Alden . . .	25¢
60	El casamiento de media noche .	Katherine Mac Donald .	25¢
61	El caballero valiente	Dorothy Mackaill .	25¢
62	La Mujer Inmortal	George Walsh . . .	25¢
63	Mónica	France Dhelia . . .	25¢
64	La modistilla	Pat O. Malley . . .	25¢
65	La novia del legionario	Margueritte Rosky .	25¢
66	Con el amor no se juega . . .	Lysiane Bernhardt .	25¢
67	El Rey sin reino	Renee Heribet . . .	25¢
68	Grandeza de Humildes	Maria Prevost . . .	25¢
69	Madre Adorada	Rachel Devirys .	25¢
70	El Santuario del amor perdido	Sidney Chaplin . . .	25¢
71	El Chico	Lya de Putti . . .	25¢

72	La Linda Rubia	<i>Elena Makouska.</i>	25
73	La Llama del genio	<i>Hope Hampton</i>	25
74	Judex	<i>Rene Navarre.</i>	25
75	Nueva Misión de Judex.	<i>Georges Biscot.</i>	25
76	El mimado de la abuela	<i>(El).</i>	25
77	Yo pecador.	<i>Lewis Stone</i>	25
78	Bajo la máscara	<i>(Cayena)</i>	25
79	La rosa de Barís	<i>Baby Peggy</i>	25
80	Por el recuerdo de un beso	<i>Betty Blythe</i>	25
81	Tosca	<i>Francesca Bertini.</i>	25
83	El rey de los corsarios	<i>Klara d'Albaian</i>	25
84	La culpable	<i>Regine Bouet</i>	25
85	En alas de la gloria	<i>Bebé Daniels</i>	25
86	El navegante	<i>Anita Stewart</i>	25
87	Avaricia	<i>Beberly Bayne.</i>	25
89	Los ángeles del hogar.	<i>Monte Blue.</i>	25
90	La dama de la noche	<i>Norma Shearer</i>	25
91	El árbitro de la elegancia	<i>Virginia Valli.</i>	25
92	¡Que siga la danzal.	<i>George O'Brien</i>	25
94	Barrera infranqueable.	<i>Gladys Walton.</i>	25
95	Segunda juventud	<i>Conrad Nagel.</i>	25
96	Los peligros del flirt	<i>Natalie Kovanto</i>	25
97	Dick Turpin	<i>Tulio Carminal</i>	25
99	Su hora	<i>Fach Duffy</i>	25
101	En el último peldaño	<i>Renee Adoree</i>	25
102	La coqueta casada	<i>Holmes Herbert</i>	25
103	La mujer comprada	<i>Helena d'Algyl.</i>	25
106	El traperero (extraordinario)	<i>John Gilbert</i>	25
105	El corazón manda.	<i>Alice Joyce.</i>	25
106	Compañera te soy.	<i>Lon Chaney</i>	25
107	Por mandato de su hijo	<i>Gertrude Fynstedt</i>	25
108	La boda de Rosina.	<i>Wallace Berry</i>	25
109	El secreto de familia	<i>Pauline Frederick.</i>	25
110	Entre locos anda el juego	<i>Rod Larocque</i>	25
111	El pecador errante.	<i>Jacqueline Logan.</i>	25
113	La calle de las risas y las lágrimas	<i>Mme. Robine.</i>	25
114	Los huérfanos de la aldea	<i>Walter Hers</i>	25
115	¡Divorciémonos!	<i>Laura Laplante</i>	25
116	El Espectro de Oriente	<i>J. Warren Kerrigan</i>	25
117	La Tierra en llamas	<i>Majorie Hume.</i>	25
118	Maciste en los infiernos	<i>Adolfo Menjou.</i>	25

COLECCIONE USTED

FILMS



AMOR

LA MEJOR NOVELA CINEMATOGRAFICA

- Núm. 1 **El templo de Venus**, por Mary Philbin.
- Núm. 2 **La tierra prometida**, por Raquel Meller, Tina Melier y Andrés Roanne.
- Núm. 3 **Sacrificio**, por Fay Compton y Stewart Rome.
- Núm. 4 **En las garras de la duda o el calvario de una esposa**, por Leda Gys y Alberto Capozzi.
- Núm. 5 **Ruperto de Hentzau Segunda época de El prisionero de Zenda**, por E. Hammerstein, Claire Windsor, Lew Cody y Bert. Lytell.
- Núm. 6 **El tren de la muerte**, por Cayena y Edith Roberts.
- Núm. 7 **La esposa comprada**, Alice Terry y Conway Tearle.
- Núm. 8 **El juramento de Lagardère**, por Claude France y Gastón Jacquet.
- Núm. 9 **Buda, el profeta de Asia**, por Ilimansu Rai y Seeta Davis.

Literatura selecta — Cubierta a varias tintas
La mejor y más sugestiva de las novelas de

LOS MAS GRANDES FILMS

Obsequio de una tarjeta postal.

50 cénts.